

El tema de este LIBRO, como de casi todos mis otros libros, es la lectura, la más humana de las actividades creativas. Considero que somos, en esencia, animales lectores y que el arte de la lectura, en su sentido más amplio, nos define como especie. Llegamos a este mundo empeñados en encontrar una narrativa en todo: en el paisaje, en el cielo, en las caras de los demás y, por supuesto, en las imágenes y palabras que nuestra especie crea. Leemos nuestras propias vidas y las de otros, leemos las sociedades en las que vivimos y aquellas que existen más allá de nuestras fronteras, leemos imágenes y edificios, leemos lo que se encuentra entre las pastas de un libro.

Esto último es esencial. Para mí, la palabra impresa le da coherencia al mundo. Cuando los habitantes de Macondo se contagiaron de una especie de amnesia que les cayó un día en sus cien años de soledad, se dieron cuenta de que su conocimiento del mundo estaba desapareciendo rápido y que pronto podrían olvidar qué era una vaca, qué era un árbol, qué era una casa. El antídoto, descubrieron, estaba en las palabras. Para recordar lo que su mundo les significaba, escribieron letreros que colgaron de las bestias y los objetos: «Éste es el árbol», «Ésta es la casa», «Ésta es la vaca, hay que ordeñarla todas las mañanas para que produzca leche y a la leche hay que hervirla para mezclarla con el café y hacer café con leche». Las palabras nos dicen lo que creemos, como sociedad, que es el mundo.

«Lo que creemos»: ahí está el reto. Al unir las palabras a la experiencia y la experiencia a las palabras, nosotros, los lectores, escudriñamos historias que hacen eco de nuestras experiencias o nos preparan para ellas, o nos cuentan experiencias que nunca serán nuestras, como bien sabemos, salvo en las páginas ardientes. En consecuencia, lo que creemos que es un libro cambia de forma con cada lectura. Al paso de los años, mi experiencia, mis gustos, mis prejuicios han cambiado: al paso de los días, mi memoria sigue reacomodando, catalogando, desechando los tomos de mi biblioteca; mis palabras y mi mundo —salvo unos cuantos puntos de referencia constantes— nunca son uno y el mismo. El ingenioso dicho de Heráclito sobre el tiempo se aplica igual de bien a mis lecturas: «Nadie se sumerge dos veces en el mismo libro».

Lo que permanece invariable es el placer de leer, de sostener un libro en las manos y tener de pronto esa peculiar sensación de asombro, de reconocimiento, de escalofrío o de calidez que sin motivo aparente evoca en ocasiones cierta sucesión de palabras. Reseñar libros, traducir libros, editar antologías son actividades que me han dado cierta justificación para este placer culposo (¡como si el placer necesitara justificación!), y en ocasiones hasta me han permitido ganarme la vida. «Es un mundo bueno y sólo quisiera saber cómo ganarme £200 al año», le escribió el poeta Edward Thomas a su amigo Gordon Bottomley. Reseñar, traducir y editar a veces me ha permitido ganarme esas doscientas libras.

Henry James acuñó la frase «la figura de la alfombra» para referirse al tema que aparece recurrentemente en la obra de un escritor como una firma secreta. En muchas

de las piezas que he escrito (como reseñas o memorias o prólogos) creo que puedo ver esa figura escurridiza: tiene algo que ver con la manera en que este arte que amo tanto, el oficio de leer, se relaciona con el lugar donde lo hago, con el «mundo bueno» de Thomas. Creo que existe una ética de la lectura, una responsabilidad en cómo leemos, un compromiso que es tanto político como privado en el acto de pasar las páginas y seguir los renglones. Y creo que a veces, más allá de las intenciones del autor y más allá de las esperanzas del lector, un libro puede volvernos mejores y más sabios.

En el «discurso maravilloso» de agradecimiento, quiero reconocer la generosa lectura de Ileen Smith y Susan Laity, la cuidadosa revisión de Dan Heaton y el meticuloso índice de Marilyn Flaig. También el estupendo diseño de portada de Sonia Shannon.

Craig Stephenson, quien desde hace veinte años ha sido el primer lector de todo lo que escribo, sugirió la estructura, el orden y la selección para este libro (como antes lo hiciera con *En el bosque del espejo*, el libro de 1998 del que fueron tomados algunos de los ensayos incluidos aquí, así como algunas líneas de este prólogo). Me hizo desistir de incluir algunas piezas a las que yo estaba apegado por razones sentimentales, me recordó otras que había olvidado pero insistió en que revisara ciertos párrafos o ejemplos que ya se sentían anticuados, y pasó mucho más tiempo valorando la pertinencia de cada ensayo del que yo, en mi impaciencia, habría pasado. Por esto, y por más de lo que él reconocería, va mi afectuoso agradecimiento.

PRIMERA PARTE

¿QUIÉN SOY YO?

-----

—¡Que sí *soy* real! —insistió Alicia, y empezó a llorar.

—Por mucho que llores no te vas a hacer ni una pizca más real —observó Tarará—, y además no hay nada de qué llorar.

—Si yo no fuera real —continuó Alicia, medio riéndose a través de sus lágrimas, tan ridículo le parecía todo—, no podría llorar como lo estoy haciendo.

—¡Anda! Pues ¡no supondrás que esas lágrimas son de *verdad!* —interrumpió Tarará con el mayor desprecio.

*A través del espejo*, capítulo IV

## *Un lector en el Bosque del Espejo*

—¿Me podrías indicar, por favor, hacia dónde tengo que ir desde aquí?

—Eso depende de adónde quieras llegar

—contestó el Gato.

*Alicia en el País de las Maravillas*, capítulo VI

Cuando tenía ocho o nueve años, en una casa que ya no existe, alguien me regaló un ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas* y *A través del espejo*. Como tantos otros lectores, siempre he sentido que la edición en la que leo un libro por primera vez se vuelve, para toda mi vida, la original. La mía, doy gracias al cielo, estaba enriquecida con las ilustraciones de John Tenniel e impresa en un papel grueso y cremoso que olía misteriosamente a leña quemada.

Hubo mucho que no entendí en mi primera lectura de Alicia, pero eso no parecía importar. Aprendí a muy temprana edad que, a menos que estés leyendo por algún motivo distinto al placer (como a todos nos toca a veces por nuestros pecados), puedes pasar sin riesgo por encima de peligrosos cenagales, tomar atajos entre las selvas intrincadas, saltarte los páramos solemnes y aburridos y simplemente dejarte llevar por la vigorosa corriente del relato.

Hasta donde recuerdo, mi primera impresión de las aventuras fue la de un viaje físico en el que yo mismo me convertía en compañero de la pobre Alicia. Caer por la madriguera y atravesar el espejo eran meros puntos de partida, tan triviales y maravillosos como subirse a un autobús. ¡Pero el viaje! Cuando tenía ocho o nueve años, no era tanto que mi incredulidad estuviera suspendida como que aún no nacía, y a veces la ficción se sentía más real que los hechos cotidianos. No es que yo pensara que un lugar como el País de las Maravillas de verdad existiera, sino que yo sabía que estaba hecho de la misma materia que mi casa y mi calle y los ladrillos rojos que eran mi esencia.

Un libro se convierte en un libro distinto cada vez que lo leemos. El *Alicia* de la primera infancia fue como un viaje, como la *Odisea* o *Pinocho*, y siempre he sentido que soy mejor Alicia que Ulises o el muñeco de madera. Luego vino la Alicia adolescente, y entendí perfectamente lo que ella tuvo que soportar cuando la Liebre de Marzo le ofreció vino y no había vino en la mesa, o cuando la Oruga quería que Alicia le dijera exactamente quién era y qué quería decir con eso. La advertencia de Tararí y Tarará de que Alicia no era más que el sueño del Rey Rojo me perseguía en sueños, y mis horas de vigilia se veían atormentadas por exámenes de maestras que eran como la Reina Roja y preguntaban cosas como: «Quítale un hueso a un perro y ¿qué queda?»<sup>1</sup>. Después, en mis veinte, encontré el juicio de la Sota de Corazones en

---

<sup>1</sup> Carroll, Lewis, *A través del espejo*, Alianza Editorial, 2011, pág. 184.

la *Anthologie de l'humour noir* de André Breton, y me di cuenta de que obviamente Alicia era hermana de los surrealistas; tras una conversación con el escritor cubano Severo Sarduy en París, me desconcertó descubrir que Humpty Dumpty le debía mucho a las doctrinas estructuralistas en *Change* y *Tel Quel*. Y aún después, cuando me fui a vivir a Canadá, ¿cómo no iba a reconocer que el Caballero Blanco («*Pero yo estaba meditando un plan / para teñirme de verde los bigotes / empleando luego un abanico tan grande / que ya nadie me los pudiera ver*»)<sup>2</sup> había conseguido trabajo entre los numerosos burócratas que corretean por los pasillos de cada dependencia pública de mi país?

En todos mis años de leer y releer *Alicia*, me he topado con muchas lecturas diferentes e interesantes de sus libros, pero no puedo decir que ninguna se haya vuelto, en ningún sentido profundo, propia. Las lecturas de otros influyen, desde luego, en mi lectura personal, ofrecen nuevos puntos de vista e iluminan ciertos pasajes, pero en su mayoría son como el mosquito que le dice a Alicia al oído: «Podrías hacer un chiste con *eso*»<sup>3</sup>. Me niego; soy un lector celoso y no voy a permitirle a nadie el *ius primae noctis* con los libros que leo. La sensación íntima de parentesco establecida hace tantos años con mi primera *Alicia* no se ha debilitado; cada vez que la vuelvo a leer, ese vínculo se fortalece de maneras muy privadas e inesperadas. Me sé partes enteras de memoria. Mis hijos (mi hija mayor, por supuesto, se llama Alicia) me dicen que me calle cuando me arranco, por enésima vez, con los lastimeros acordes de «La Morsa y el Carpintero». Y casi por cada nueva experiencia, encuentro un eco premonitorio o nostálgico en sus páginas, que me dice otra vez: «Esto es lo que te espera» o «Ya has estado aquí».

---

<sup>2</sup> Carroll, Lewis, *Alicia en el País de las Maravillas*, Alianza Editorial, 2010, págs. 175-176.

<sup>3</sup> Carroll, Lewis, *A través del espejo*, Alianza Editorial, 2011, pág. 80.